

CHILE EN LA ENCRUCIJADA

Un periodista italiano enjuicia la política de Frei.

Claudio Cesaretti.

Por creer interesante conocer cómo juzgan de nuestros países de Latino América desde Italia, traducimos aquí el reportaje que Claudio Cesaretti envió desde Santiago al periódico romano "Il Tempo" a fines del pasado año. Dejamos al ilustre periodista, en todo caso, la responsabilidad por las tajantes afirmaciones que en él se contienen, sin admitirlas ni rechazarlas.

Moviéndose en un plano de concurrencia con el marxismo, el Partido de Frei se ha apropiado el lenguaje y las tesis del comunismo: protesta contra el "Imperialismo", busca la reforma agraria integral y quiere crear la empresa-comunidad de trabajo. Pero esa política no logra calmar a las organizaciones sindicales ni conquistar a la masa.

Los chilenos tienen en común con nosotros dos cosas, cuya presencia hace sentirse como en casa propia a un italiano que viaja por Chile: los vinos, algunos de los cuales son mejores que los nuestros, y un régimen demócrata-cristiano, respetablemente abierto a la izquierda. Ciertamente que sería más agradable hablar de los vinos, del Santa Catalina rojo, del pasto o del Conchalí, que tiene el color del oro viejo y pasa por el paladar dejándole un seco aroma de melocotón, como el Tocai de los Friulos. Pero la lógica quiere que se discuta más bien de la nueva conquista, ésta pacífica, de la América Latina, que los demócratas cristianos se han puesto a la cabeza de lograr, partiendo de Santiago.

Porque no les basta haber conquistado el poder en Chile: los demócratas cristianos están convencidos de ser, con los comunistas, una de las dos fuerzas políticas modernas provistas de un serio bagaje ideológico, y capaces por tanto de dar un nuevo arreglo al mundo moderno. Nada de extraño, pues, que hayan escogido como banco de prueba al subcontinente latinoamericano, donde la común base religiosa de los diversos países les ofrece un incomparable campo de acción.

Pero examinemos primero la situación chilena. Eduardo Frei Montalva, el líder del partido demócrata cristiano, ha sido elegido presidente de la República el año pasado. Antes de él lo era un independiente radical, Jorge Alessandri, que, sin tanto reclamo demagógico había abierto el camino a una inteligente obra de renovación del país. Pero en las elecciones presidenciales del año último, el espantajo social-comunista ha allanado el camino a los demó-

cratas cristianos; los conservadores y los radicales (liberales), no pudiendo contar con un candidato de estatura capaz de oponerse al socialista Salvador Allende (la constitución prohíbe la reelección del presidente saliente), se han replegado sobre Frei, determinando su afirmación. Ahora el suizo de origen Eduardo Frei es seguramente un buen dirigente político, provisto de dotes no comunes de estadista; pero lo que deja perplejo es la actitud de su partido. Este quiere, a toda costa, presentarse como una fuerza revolucionaria, en un plano concurrente con los comunistas; y no como una fuerza de equilibrio social, como en realidad deben ser los católicos.

Sacerdotes de vanguardia.

¿Qué es esta revolución en libertad y justicia, que estaría en actuación en Chile, dispuesta a ser exportada también a los demás países latinoamericanos? Lo he preguntado a muchos jóvenes dirigentes de la UDC, la democracia cristiana chilena, y a algunos sindicalistas de la CLASC, la organización católica de los obreros, y a algunos sacerdotes de avanzada. He aquí, a la letra, el pensamiento de un sindicalista democristiano: "Después de 150 años de inicitiva privada, de libre empresa, hay en nuestros países 130 millones de hambrientos (habla de toda América Latina), más de 70 millones de analfabetos y la tasa de desarrollo económico es la más baja de Occidente. Y no basta. Muchas veces se ha confundido la democracia con el capitalismo, como si el sistema capitalista fuera un elemento esencial y connatural a la democracia".

Evidentemente los católicos de América no son demasiado amantes de la libre iniciativa. Pero ¿cuál es su concepto de la democracia? Contesta el mismo sindicalista: "La democracia es la realización política de la revolución". Y la revolución ¿qué se propone? Es sencillo: "La creación de un régimen de democracia económica".

Aparte de la claridad precaria con que se expresan, no hay gran diferencia entre las ideas

de los jóvenes secuaces de Frei y las de sus colegas de extrema izquierda. El diagnóstico del mal es idéntico: si la América Latina se encuentra en un estado general de atraso y hasta de miseria, es culpa del capitalismo y del imperialismo. A nuestro juicio, se equivocan: porque en vez de hablar del capitalismo sería oportuno usar términos más apropiados, como 'latifundismo', estructuras oligárquicas y feudalismo, paternalismo y cosas parecidas. Es decir, régimen capitalista. Y mejor que prenderse a la palabra 'imperialismo', explotada a propósito, pudieran servirse más felizmente de las expresiones: explotación económica de parte de los grupos monopolistas extranjeros. Lo que no es exactamente la misma cosa.

Pero el caso es que también los remedios propuestos por los democristianos parecen concordar, en todo o en parte, con los buscados por los socialistas, comunistas y castristas. Son: lucha contra el imperialismo (norteamericano), reforma agraria integral (la misma Iglesia chilena ha dado inicio a la reforma entregando a los campesinos las tierras de su propiedad), transformación de la empresa capitalista en empresa-comunidad de trabajo. El lenguaje es más suave, menos truculento, pero los conceptos no se distinguen mucho de los marxistas.

Dice el mismo Frei: "No hay duda que la experiencia revolucionaria cubana, con la exclusión del capital extranjero y la reforma agraria, ha acelerado enormemente el proceso revolucionario de América Latina". Entendámonos. No que tales aseveraciones sean absolutamente falsas, sino que este modo de expresarse embrolla la madeja de los equívocos y facilita peligrosamente deslizamientos ideológicos. ¿Dónde está la decisiva rotura, el rasgo diferencial entre el modo de razonar de los comunistas y el de los secuaces de Frei, o de los otros, demócratas cristianos latinoamericanos? Revolucionarios los unos y los otros, contra el capital extranjero ambos, enemigos jurados de la iniciativa privada los primeros y los segundos; queda sólo la frágil seguridad según la cual los demócratas cristianos intentarían hacer la revolución en la libertad y en la justicia, mientras los comunistas notoriamente se proclaman liberticidas e injustos.

Varias veces se siente uno acusado de partidismo y de incompreensión si se manifiesta un cierto escepticismo acerca de la capacidad de los democristianos para desarrollar un trabajo efectivamente renovador de América Central y del Sur. Pero nadie puede negar los graves problemas que afligen a este continente, y a Chile tal vez de modo particular. Un médico católico, Mardones Restat, director del Hospital Pediátrico de Santiago, ha declarado no hace mucho tiempo que sobre treinta mil niños chi-

lenos nacidos vivos, los muertos antes de completar un año de edad, veinte mil, deben considerarse muertos de hambre. ¿Cómo no quedar convencidos de que algo no funciona en la ordenación económica, social y política de una nación donde se dan hechos de tal naturaleza? Pero de aquí a creer firmemente que los remedios propuestos por los democristianos sean eficaces, y también los únicos eficaces, hay cierta diferencia. Sobre todo cuando se ve que tampoco están convencidos de los suyos, al menos los que tienen responsabilidad en el gobierno, desde el momento en que se guardan bien de ponerlos en práctica.

Por ejemplo, los democristianos, por confesión expresa suya, son contrarios a la presencia del capital extranjero, especialmente en la forma de explotación monopolista. ¿Por qué entonces no han nacionalizado en Chile las minas de cobre que representan el 30% de los recursos nacionales, limitándose a hacer entrar al Estado de sociedad con las grandes compañías norteamericanas, que las disfrutaban en concesión?

Creo que la única respuesta es esta: porque si hubieran nacionalizado las minas, estas se habrían hecho pasivas, como ha sucedido con las de estaño en Bolivia.

Pero esta es una respuesta razonable, que desdeña la demagogia. Porque ni Frei ni los suyos pueden acudir a tales argumentos, aunque no fuera sino para no hacer mala figura ante los comunistas. Y así los sindicatos siguen reclamando la nacionalización y los unos y los otros acusan a la democracia cristiana de no querer poner en práctica sus programas revolucionarios. Frei se ha visto recientemente obligado a enviar tropas a la zona minera de Antofagasta, para contener las agitaciones.

Invocan la guerra.

En resumen, también en materia de nacionalización y de reforma agraria, los democristianos se han visto obligados a ir despacio y a salvar la cara con continuos compromisos. Mientras los comunistas, que se mantienen duros en posiciones intransigentes, recogen simpatías y consentimiento popular.

Hay otro inconveniente en la mentalidad democristiana, que se demuestra en la experiencia más grave de lo que puede parecer a primera vista. Ellos son enemigos de todo nacionalismo y han hecho la guerra a todos los partidos políticos de actitudes y tendencias nacionales. Esto por su vocación internacionalista y por la visión mesiánica, que han hecho historia. Y al contrario, los comunistas, aunque mostrándose más dúctiles e inteligentes, por entender que uno de los componentes esenciales del carácter latinoamericano es precisamente el nacionalismo.